

CONFERENCIA

JUAN PABLO II: LA NUEVA ETICA DE LA EMPRESA*

Michael Novak

Junto con reiterar que la Iglesia no tiene modelos económicos que proponer, el autor señala que en esta encíclica Juan Pablo II reconoce explícitamente la "positividad del mercado y de la empresa", destacando en "la moderna economía de empresa" tres rasgos esenciales: creatividad, comunidad y virtud. En cuanto al primero, la encíclica hace hincapié en la vocación creativa del hombre, el que creado a imagen de Dios debe cooperar en llevar la Creación a su perfección, y subraya que el origen de la riqueza está en el capital "intelectual" o el conocimiento. Así, acota Novak, no es accidental que el capitalismo se haya desarrollado primero en una región hondamente influida por el judaísmo y el cristianismo.

Respecto de la comunidad, se observa que el sistema empresarial moderno está, en rigor, envuelto desde todo punto de vista en una

MICHAEL NOVAK. Teólogo. Director de Estudios Políticos y Sociales del American Enterprise Institute (AEI), en Washington D.C. De su vasta obra pueden mencionarse los siguientes títulos: *The Spirit of Democratic Capitalism* (AEI, Simon & Schuster, 1982); *Free Persons and the Common Good* (Lanham: Madison Books, 1989) y su libro más reciente, *The Hemisphere of Liberty* (Washington D. C: AEI, 1990). *Estudios Públicos* ha publicado varios ensayos suyos, entre ellos: "Estructuras de verdad, estructuras de pecado"; "Las virtudes de la empresa: Reflexiones sobre la comunidad y la persona"; "Si Santo Tomás estuviera vivo hoy..."; "El capitalismo correctamente entendido: La visión del humanismo cristiano", en los números 31, 35, 43 y 48, respectivamente.

* Traducción de la conferencia pronunciada en Santiago de Chile en el marco del seminario "Ética y economía de empresa" organizado por la Fundación Juan Pablo II el 26 de agosto de 1992.

construcción de comunidad. El capitalismo —destaca Novak— no estriba por consiguiente en el individualismo, sino en una forma creativa de comunidad en la que trabajar es "trabajar con otros y trabajar para otros", siendo el servicio a los demás la finalidad ética y económica de la empresa.

Finalmente, en relación a las virtudes comprometidas en el quehacer económico —diligencia, laboriosidad, prudencia, fiabilidad, lealtad, resolución de ánimo—, Novak señala que a diferencia de Max Weber, quien vio en dichas virtudes, y por tanto en los orígenes del capitalismo, una actitud negativa del protestantismo frente a la Creación, Juan Pablo II, en cambio, las sitúa positivamente en el contexto de la Creación y "a la luz de la imagen de Dios impresa en la naturaleza del hombre".

I.

Tras el colapso del socialismo real en su principal zona de influencia, el atractivo de esta doctrina se ha visto gravemente erosionado. Los botones de propaganda y los carnés de afiliación de los intelectuales socialistas han estado cayendo en todo el mundo como hojas de árboles en otoño. Sin embargo, este súbito derrumbe no supone la victoria del capitalismo, pues por su naturaleza misma, este último no es el tipo de sistema que pudiera describirse como triunfante. En parte, de hecho, sus orígenes están enraizados en la experiencia de la contingencia, la imperfección y el pecado del hombre. De ahí que, aun cuando su impulso positivo depende del grado de virtud, comunidad y creatividad humana que subsiste a las heridas infligidas por el pecado, el punto de vista capitalista es contrario a las utopías. Lejos de perseguir la victoria, éste procura ser realista y permanecer abierto a las rectificaciones que proceden de la experiencia humana. Si bien el capitalismo está expuesto a sufrir distorsiones, no constituye en sí una ideología sino un esfuerzo por alcanzar una sabiduría práctica certera y sujeta a verificación.¹

¹ La ciencia económica es del todo diferente, por decirlo así, de la filosofía del capitalismo. La primera, como ciencia inserta en el molde moderno, aspira a ser tan objetiva, neutral y libre de valores como la física. La dificultad radica en que el comportamiento económico de los seres humanos no está, y no puede estar, exento de valores. Hasta este punto la economía como ciencia se encuentra intrínsecamente y por naturaleza algo apartada de la realidad concreta. Este distanciamiento con la realidad explica, en parte, por qué los economistas, en cuanto tales, suelen equivocarse en sus predicciones económicas. Los hombres pragmáticos aprenden pronto a

Por cierto, no es correcto hablar de un capitalismo triunfante en el mundo de hoy; sin embargo, no nos equivocamos cuando decimos que las encarnizadas batallas, el derramamiento de sangre y las furiosas disputas del siglo XX han enseñado a la humanidad algunas lecciones importantes sobre el socialismo y las economías precapitalistas del Tercer Mundo. Pese a no conducir a una utopía, el capitalismo es mucho más favorable para los pobres que el socialismo o las economías tercermundistas de Latinoamérica, África y Asia. En tanto el objetivo de un sistema económico sea mejorar la condición de vida de los más desvalidos, la experiencia demuestra que los resultados del capitalismo son mejores que los de cualquiera de sus dos adversarios principales. Ello, a pesar de sus defectos y del ataque emprendido en su contra por intelectuales de izquierda y de derecha a lo largo ya de un siglo. Si bien el capitalismo no es una doctrina triunfante, al menos ha sobrevivido a las terribles pruebas del siglo XX en mejores condiciones morales que sus antagonistas.

No obstante lo anterior, puesto que se relaciona de una manera tan directa con el pecado y la virtud de los seres humanos, la práctica cotidiana de las instituciones capitalistas está sujeta a ambigüedades y confusiones éticas. El capitalismo, en sus presupuestos antropológicos, difiere tanto del socialismo como de las cosmovisiones de las sociedades precapitalistas del Tercer Mundo. Los socialistas sustentan una concepción errónea en lo que toca a la inocencia, la virtud y la perfectibilidad de los seres humanos. A su vez, los dirigentes de corte tradicionalista y precapitalista del Tercer Mundo son bastante escépticos respecto de los seres humanos: no creen que los hombres y las mujeres comunes, especialmente si son pobres o iletrados, puedan vivir libre y responsablemente sin la tutela de dictadores y élites gobernantes. Evitando caer en esos extremos, las instituciones capitalistas se basan en el abierto reconocimiento de la ambigüedad radical de la naturaleza humana, simultáneamente pecadora y redimida.

No hay en nuestros tiempos mejor demostración de realismo en el orden político y económico que la encíclica *Centesimus annus*, particularmente en sus números 32 y 42. Considerados en conjunto, esos párrafos permiten comprender, con mayor claridad que cualquier otro documento escrito hasta ahora por algún teólogo u organismo eclesiástico, la situación

aceptar con cautela las proyecciones económicas. Es más, los economistas se refieren a su propia disciplina como "la ciencia funesta", reconociendo las ambigüedades, las imperfecciones y las soluciones de transacción en las materias que tratan. En este sentido, incluso la ciencia económica es contraria a las utopías. Razón de más para que también lo sean los hombres y las mujeres en el ámbito de la práctica empresarial.

ética de los hombres abocados a la actividad empresarial. Mi objetivo es presentar los textos más importantes de estos dos números, que contienen los pilares de una ética de la empresa en el mundo de hoy.

Número 42: El sistema trilateral

En el número 42 Juan Pablo II expresa con exactitud lo que quiere decir con la palabra "capitalismo". De no definírsela, se le podrían atribuir diferentes significados,² pues se trata de un término que ha sido objeto de incesantes ataques por parte de socialistas y comunistas durante más de un siglo.

Y, lo que es más importante, el Papa Juan Pablo II sitúa el ordenamiento económico —para el cual el capitalismo es una denominación posible— entre otras dos esferas, y señala que es susceptible de ser corregido por un "sólido marco jurídico" y por una cultura "ética y religiosa" más amplia. En pocas palabras, el sistema económico recomendado por el Papa aparece en el N° 42 como una de las *tres* instituciones claves de un orden social justo y libre. El ordenamiento económico debe, pues, ser considerado dentro del contexto de los ámbitos político, moral y cultural que lo modifican; separarlo de ellos equivaldría a trabajar únicamente con una abstracción, y de ese modo se incurriría en lo que en una encíclica anterior el Papa denominó "economismo".³ Es importante considerar el capitalismo como una de esas tres esferas, todas interrelacionadas e interdependientes entre sí.

Número 32: La naturaleza interna del capitalismo, entendida correctamente

El número 32 se refiere específicamente a la dinámica interna del sistema económico. La empresa económica de nuestra época es absolutamente diferente a la de la sociedad tradicional e incluso a la decimonónica, de modo que aquí el Papa destaca sus aspectos novedosos. Dedicó especial atención a tres de sus características: creatividad, comunidad y virtud. En

² Véase, por ejemplo, "Behind *Centesimus annus*", *Crisis* (julio-agosto 1991), p. 8, y los diferentes significados esbozados por Rocco Buttiglione en "Economics 101: Catholic Social Teaching in a Changing World", *Crisis* (julio-agosto 1992), pp. 32-36.

³ *Laborem exercens*, N° 13.

primer lugar, la nueva economía de empresa se origina en el reconocimiento de que la forma de capital más esencial e importante es el capital humano, es decir, el hombre mismo, su conocimiento, su técnica y su saber: en suma, la creatividad humana. En segundo lugar, las empresas, las instituciones y los sistemas capitalistas son mecanismos sociales a través de los cuales los individuos "trabajan unos con otros", participando en una "comunidad de trabajo" que abarca círculos progresivamente más amplios. En tercer lugar, "en este proceso están comprometidas importantes virtudes". El Papa aborda la ética empresarial desde el punto de vista de la ética de las virtudes.

Estos tres elementos fundacionales —creatividad, comunidad y virtud— son, sin excepción alguna, decisivos en el mundo actual. Con todo, pocos teólogos o filósofos han percibido la manera en que ellos actúan en la realidad. En materia social, el número 32 constituye uno de los pasajes más brillantes y originales que presenta el Magisterio de la Iglesia, desde León XIII. Las encíclicas en este campo solían prestar estrecha atención a los movimientos sociales predominantes, distinguiendo pacientemente lo que ha funcionado bien de lo que ha fracasado, lo bueno de lo malo, separando la paja del grano. No es frecuente, por lo tanto, que el pensamiento pontificio se sitúe, como sucede en este caso, a la vanguardia del análisis social en el mundo. En realidad, cuesta recordar algún pasaje similar que haya motivado una reorganización del pensamiento de los estudiosos en tantas y tan variadas disciplinas.

En 1891, pese a que muchos de los principales intelectuales en el mundo estaban siendo cautivados por los ideales del socialismo, León XIII se atrevió a enumerar diez maneras en que este experimento, a la postre, resultaría ser "vano" y "perverso". Al derrumbarse el socialismo en 1989, la humanidad pudo comprobar que el Sumo Pontífice había tenido la razón. De igual modo, los números 32 y 42 de la encíclica del Papa Juan Pablo II establecen un nuevo estándar para profundizar en el análisis.

A continuación examinaremos, sucesivamente, cada uno de los principios básicos que propone el Papa Juan Pablo II respecto de la economía libre.

II. LOS TRES PRINCIPIOS BASICOS

Creatividad

Creatividad y capital humano

Antes de comenzar el número 32, el Papa había señalado que a lo largo de la historia es posible encontrar en toda sociedad la presencia de dos factores: el *trabajo* y la *tierra*; sin embargo, esos factores no siempre guardan la misma relación mutua.

En otros tiempos *la naturalfecundidad de la tierra* aparecía, y era de hecho, como el factor principal de riqueza, mientras que el trabajo servía de ayuda y favorecía a tal fecundidad. En nuestro tiempo es cada vez más importante *el papel del trabajo humano* en cuanto factor productivo de las riquezas inmateriales y materiales.⁴

Es más, después el Papa establece un vínculo cada vez más estrecho entre el trabajo y el conocimiento. *Y este es el cambio decisivo*. A diferencia de Marx, que creó la "teoría del valor", el Papa vincula el valor con el conocimiento: "El trabajo es tanto más fecundo y productivo, cuanto el hombre se hace *más capaz de conocer* las potencialidades productivas de la tierra y de *ver* en profundidad las necesidades de los demás hombres, para quienes se trabaja".⁵ Es tal la importancia de esta percepción que cualquier énfasis resulta insuficiente. El origen de la riqueza está en el conocimiento, es decir, en la mente humana.

"¿Cuál es el origen de la riqueza de las naciones?". Esta pregunta había sido formulada ya por Adam Smith en 1776, y el Papa León XIII aludió a ella en la encíclica *Rerum novarum*.⁶ Por su parte, Juan Pablo II la responde en forma concluyente:

Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: *es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber*. En este tipo de pro-

⁴ *Centesimus annus*, N° 31.

⁵ El énfasis ha sido agregado.

⁶ Para un análisis al respecto véase Oswald von Nell-Breuning, s. j., *Reorganization of Social Economy* (Nueva York: Bruce Publishing, 1939), pp. 131-132.

riedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las naciones industrializadas.⁷

Se trata, por cierto, de una afirmación sorprendente: la causa de la riqueza es el capital intelectual. Si la riqueza de las naciones se basa mucho más en la propiedad intelectual y el conocimiento que en los recursos naturales, entonces podemos entender que algunas naciones muy ricas en ellos (como Brasil) sigan siendo pobres, en tanto otras que prácticamente carecen de éstos (como Japón) se hallen entre las más ricas del mundo. El Papa ha hecho una aguda observación.

En este respecto, el Santo Padre establece una clara diferencia entre las postrimerías del siglo XX y épocas anteriores, incluso el final del siglo XIX:

Hay, además, diferencias específicas entre estas tendencias de la sociedad moderna y las del pasado incluso reciente. Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era *la tierra* y luego lo fue *el capital*, entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales, hoy día el factor decisivo es cada vez más *el hombre* mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás.

¿Acaso no son estos los factores, precisamente, en que Japón exhibe superioridad: el saber, el conocimiento científico, la capacidad de organización solidaria y la facultad de percibir y satisfacer las necesidades de los demás? En estas fuentes de riqueza los nipones, que son extremadamente pobres en recursos naturales, han alcanzado una posición preeminente.

Por cierto, los recursos naturales continúan siendo importantes. Pero si los seres humanos no advierten su valor y no discurren métodos que permitan generalizar su uso, ellos podrían quedar en barbecho para siempre, sin ser descubiertos ni aprovechados. Así sucedió con el petróleo, el que yació bajo las arenas de Arabia durante miles de años sin que fuera explotado y siendo considerado un estorbo, hasta que los seres humanos crearon el motor de émbolos y descubrieron el proceso para convertir el crudo en gasolina. Fue el hombre quien transformó el líquido inútil en un "recurso natural". En este sentido, las cosas inanimadas no constituyen ni el más profundo ni el mejor ni el más inagotable de los recursos. Como señala

⁷ *Centesimus annus*, N° 32. (En adelante, las citas no identificadas corresponden al N° 32 de esta encíclica).

Julián Simón, la mente humana es "el último recurso".⁸ No son las cosas de la Tierra las que fijan los límites de la riqueza en el mundo. El Club de Roma cometió un error elemental en este aspecto, pues muchas de las cosas de la Tierra son útiles en determinadas épocas e inútiles en otras (por ejemplo, el aceite de ballena), según sea el valor que la mente humana les confiere. En este sentido, la mente es la principal fuente de riqueza. Y no es de extrañarse, ya que desde lejos participa en el origen de todo conocimiento: el Creador. Así, pues, el Papa nos dice:

En efecto, el principal recurso del hombre, junto con la tierra, es *el hombre mismo*. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas.⁹

El Santo Padre distingue tres formas en que el conocimiento humano constituye una fuente de riqueza. La primera la describe así: "Precisamente la *capacidad de conocer oportunamente* las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más apropiados para satisfacerlos es otra fuente importante de riqueza en una sociedad moderna".¹⁰ En segundo lugar, el Papa advierte que: "[M]uchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos". Se requiere un segundo tipo de conocimiento para la creación de riqueza: el conocimiento acerca de la manera de organizar la comunidad en gran escala, el que es necesario para producir incluso una cosa tan sencilla como un lápiz.¹¹

Si bien los teólogos no suelen reparar en ello, para los empresarios constituye una experiencia cotidiana el hecho de que un objeto tan sencillo como un lápiz esté compuesto de elementos tales como grafito, madera, metal, goma y barniz (para mencionar los más visibles y omitiendo otros que sólo conocen los especialistas), que además provienen de regiones del planeta distantes entre sí. Las aptitudes y el saber necesarios para preparar cada uno de estos materiales por separado, con miras a la función precisa que cumplirán en el lápiz, representan un enorme bagaje de conocimientos científicos y prácticos que ciertamente no están por completo presentes en

⁸ Julian Simon, *The Ultimate Resource* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1981).

⁹ El énfasis ha sido agregado.

¹⁰ El énfasis ha sido agregado.

¹¹ Véase el clásico ensayo de Leonard Read "I Pencil", publicado en 1958 y reimpresso en *Imprimus* (Hillsdale, Michigan: 1992).

la mente de ningún individuo en particular, sino que se hallan dispersos entre investigadores, empresarios y trabajadores en fábricas y lugares de trabajo de diferentes partes del mundo. Todos estos factores de producción —materiales, conocimiento y trabajadores calificados— deben ser combinados antes de que cualquier persona pueda tener un lápiz en sus manos.

Por esas razones, el Papa reconoce de un modo admirable este segundo tipo de conocimiento como origen de riqueza: "Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual".

El Sumo Pontífice ha percibido hasta ahora dos tipos de saber que están en juego en la creatividad económica humana: una percepción exacta de las necesidades de los demás y el conocimiento práctico respecto de la manera de organizar un esfuerzo productivo a nivel mundial.

Pero existe, además, un tercer tipo de saber, fruto del denodado esfuerzo "por descubrir el potencial productivo de la tierra". Consideremos brevemente tres descubrimientos cuya difusión ha tenido una influencia enorme en los cambios experimentados en el mundo desde que Juan Pablo II fue entronizado en 1978: la invención de la fibra óptica, que en tantos lugares está reemplazando al cobre (aumentando así las dificultades que atraviesa la industria chilena de ese metal); la invención del procesador de texto y el desarrollo electrónico en general (que está modificando, a su vez, los fundamentos de la actividad industrial, desde las tecnologías mecánicas hasta las electrónicas); y el uso de los satélites y de los impulsos electrónicos para conectar a todo el mundo en una sola red de comunicaciones instantáneas. Estos tres descubrimientos asombrosos son, todos ellos, fruto del "principal recurso del hombre": su propia inteligencia creativa. El hombre "descubridor" ha sido concebido a imagen de Dios. La vocación humana consiste en ser creativos, en cooperar para llevar la Creación misma a su perfección.

No nos parece un hecho accidental, desde esta perspectiva, que la economía capitalista se haya desarrollado primero en una región profundamente influida por el judaísmo y el cristianismo. Millones de personas, a lo largo de siglos, aprendieron del judaísmo y del cristianismo a no considerar esta tierra sólo como una región de prohibiciones que nunca había de ser investigada o sometida a experimentos, sino, más bien, como un lugar donde ejercer las facultades humanas de indagación, creatividad e inventiva. El filósofo Alexander North Whitehead observó en otra época que el auge de la ciencia moderna era inconcebible si se lo separaba de los hábitos que

los seres humanos fueron adquiriendo a lo largo de los siglos bajo la tutela del judaísmo y del cristianismo. Estas doctrinas enseñaron que el mundo y cualquiera de sus componentes son inteligibles, porque todas las cosas —incluso los sucesos contingentes y en apariencia accidentales— brotan de la mente de un Creador omnisciente. Esta enseñanza tuvo importantes consecuencias en el orden práctico. La creencia de que todo ser humano es *imago Dei* conduciría inevitablemente, de manera evolutiva y experimental, al desarrollo de un sistema económico cuya premisa básica consiste en que la causa principal de la riqueza es la creatividad humana.

Comunidad

En el número 31 Juan Pablo II observa que en este tiempo "es evidente que el trabajo de un hombre se conecta naturalmente con el de otros hombres. Hoy más que nunca, trabajar es *trabajar con otros* y *trabajar para otros*: es hacer algo para alguien". La moderna economía de empresa estuvo destinada desde un comienzo para transformarse en un sistema internacional, abocada a aumentar "la riqueza de las naciones", de *todas* las naciones, en forma sistemática y social. Jamás se concentró únicamente en la prosperidad de determinados individuos. En el número 32 el Papa adopta esta línea de pensamiento: "Se ha aludido al hecho de que *el hombre trabaja con los otros hombres*, tomando parte en un 'trabajo social' que abarca círculos progresivamente más amplios". A continuación advierte que "muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos". Y luego insiste en este aspecto: "Es [el] trabajo disciplinado [del hombre], en solidaria colaboración, el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano".

En breve, desde todo punto de vista el empresario está envuelto permanentemente en la tarea de construcción de la comunidad. En lo inmediato, dentro de su propia compañía, él debe crear una comunidad de trabajo. Luego, para sus operaciones prácticas, esta empresa depende de una comunidad más amplia de proveedores y de clientes, de banqueros y de funcionarios gubernamentales, de sistemas de transportes y del imperio de la ley. En tercer lugar —como lo apreciamos en el ejemplo del lápiz—, los productos modernos proceden de todas las regiones del planeta. El sistema empresarial moderno refleja la interdependencia del género humano. En cada una de estas tres situaciones, por consiguiente, la empresa es una

actividad comunitaria. El capitalismo no se basa en el individualismo sino en una forma creativa de comunidad. En efecto, al referirse a los beneficios en el N° 35, el Papa expresa que en su composición interna la empresa es esencialmente una comunidad de personas:

En efecto, la finalidad de la empresa no es simplemente la producción de beneficios, sino más bien la existencia misma de la empresa como *comunidad de hombres* que, de diversas maneras, buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales y constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera.

Precisamente porque la empresa económica debe ser concebida, en esencia, como una comunidad, el Papa está en condiciones de señalar que "[l]a Iglesia reconoce la *justofunción de los beneficios* como indicador de la buena marcha de la empresa".

Sin embargo, los beneficios no son el único índice de las condiciones de la empresa. Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisibles, esto no puede menos de tener efectos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa.

En síntesis, la empresa privada, independiente del Estado, representa la mayor contribución del capitalismo al género humano, y lo principal de ella es que constituye una forma nueva e importante de comunidad humana. A su vez, entre los principales objetivos de esta comunidad está el obtener utilidades, esto es, crear nueva riqueza, más allá de la riqueza que existía antes de su advenimiento. El Papa advierte este aspecto con beneplácito: "Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente".¹² En otras palabras, mediante el ejercicio del conocimiento la empresa económica hace uso de los factores productivos de la Tierra, percibe y satisface las necesidades humanas. Por esta senda, ella está "al servicio de toda la sociedad". El objetivo económico y ético de la empresa es servir a los demás. De ahí que ella representa en sí una nueva y a la vez importante forma de comunidad humana.

¹² *Centesimus annus*, N° 35.

En el N° 32, efectivamente, el Papa llega a extremos de gran audacia al describir el proceso empresarial moderno, pues advierte que éste "pone concretamente de manifiesto una verdad sobre la persona, afirmada sin cesar por el cristianismo", y en consecuencia "debe ser mirado con atención y positivamente". La verdad que el Santo Padre ve reflejada es la del hombre que trabaja en comunidad con otras personas, y por el bien de otras personas. Esta comunidad creativa es el mayor poder transformador del orden terrenal: "Es [el] trabajo disciplinado [del hombre], en solidaria colaboración, el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano".

Las virtudes capitalistas

Las virtudes de la vida empresarial

Inmediatamente después de esta última cita el Papa señala: "En este proceso están comprometidas importantes virtudes", y luego las menciona:

[L]a diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna.

Pareciera, a primera vista, que estas virtudes pertenecen a una enumeración tomada de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, el famoso libro de Max Weber. Pero, tras reflexionar, nos damos cuenta que el contexto y el significado son absolutamente diferentes. Max Weber vio las raíces del capitalismo en la actitud negativa de los protestantes frente a la Creación: en su sentido de abnegación, en su ascetismo y en su noción de que el hombre natural es corrupto. En contraste, el Papa Juan Pablo II sitúa estas virtudes de la vida corriente en el contexto de la bondad de la Creación, por cuanto brota de las manos del Creador, y a la luz de la *imago Dei* impresa en la naturaleza del hombre. Se advierte aquí un notable contraste, de modo que podríamos hablar con bastante propiedad de "la ética católica y el espíritu del capitalismo". Esta es la nueva ética que el Santo Padre recomienda a las naciones católicas del mundo, de las Filipinas a Latinoamérica, y luego a Europa Central y Oriental; en suma, a todos esos

pueblos que recién comienzan a transitar desde una economía socialista o precapitalista del Tercer Mundo a una capitalista.

Desde 1989, laicos y obispos católicos de todas las regiones del mundo han preguntando al Santo Padre: ¿Qué dirección debemos seguir ahora que los socialismos reales han fracasado? ¿Qué recomienda el Magisterio pontificio? Como respuesta, justo al comienzo del N° 42, el Papa escribe:

Volviendo ahora a la pregunta inicial, ¿se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los Países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá éste el modelo que es necesario proponer a los Países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?

Es mucho lo que está en juego en la respuesta a estas preguntas. Supongamos que el Papa hubiera dicho que no. Supongamos que hubiera sugerido que, a pesar de los fracasos de los socialismos reales, los católicos de todo el mundo deberían seguir avanzando hacia el socialismo, o bien hacia la tradicional economía precapitalista del Tercer Mundo ¿Qué habría ocurrido entonces? El pensamiento social de la Iglesia, en ese caso, habría estado comprometido con las consecuencias de esas opciones. Y, si se tienen en cuenta las experiencias anteriores, lo más probable es que esas opciones hubiesen tenido efectos devastadores para los pobres del mundo. El Papa, por el contrario, decidió proponer como modelo para los países del Tercer Mundo "un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía". ¿Significa lo anterior que el Papa recomienda el capitalismo? Si *esto* es lo que se entiende por capitalismo, señala, "la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de empresa', 'economía de mercado', o simplemente de 'economía libre' ". Y este tipo de economía debe estar "encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral", reconociendo que el centro de la libertad humana es "ético y religioso".

En rigor, "La Iglesia no tiene modelos para proponer", sino que "ofrece, como *orientación ideal e indispensable*, la propia doctrina social, la cual —como se ha dicho— reconoce la positividad del mercado y de la

empresa, pero al mismo tiempo indica que éstos han de estar orientados hacia el bien común".¹³

III. CONCLUSIÓN

Estos son, en consecuencia, los tres principios básicos sobre los cuales descansa la concepción que tiene Juan Pablo II de la ética de la empresa: la creatividad, la comunidad y las virtudes. Los tres son sumamente exigentes y requerirán de cambios importantes en los mecanismos de los sistemas económicos, especialmente en aquellos que aún no promueven el derecho de todos los ciudadanos a la iniciativa económica individual.

Todo hombre, sin importar su grado de pobreza o de ignorancia, ha sido creado a imagen de Dios. Cada individuo tiene derecho a ejercer su propia creatividad económica. Por consiguiente, los actuales sistemas que reprimen el derecho a la creatividad económica individual deben ser reformados, pues insultan la imagen de Dios impresa en todos los hombres. Insultan esa imagen, al imponer dificultades prohibitivas al establecimiento de pequeños negocios; al no proporcionar fuentes de crédito barato a los pobres (cuando éste es el alimento fundamental para las nuevas empresas); al no proveer educación para todos, particularmente en lo relativo a las aptitudes creativas y prácticas de la actividad económica; y al no apreciar el capital humano y la propiedad intelectual como fuentes principales de riqueza. A decir verdad, para llevar a cabo la idea de Juan Pablo II acerca de una genuina ética del capitalismo será necesario emprender una revolución pacífica, pero profunda, en gran parte del Tercer Mundo. En el mundo desarrollado también será necesario efectuar importantes cambios, particularmente en el ámbito moral y cultural; pero ese es un tema distinto y más amplio que los fundamentos de la ética empresarial.

El corolario del argumento de Juan Pablo II consiste en que el verdadero desarrollo debe comenzar desde abajo, y luego ascender; debe ser universal y debe permitir que cualquier persona, sin importar su grado de pobreza o ignorancia, participe en lo que podemos denominar "activismo" económico. Así, pues, es preciso que toda sociedad libre examine sus instituciones para determinar si está promoviendo o reprimiendo la creatividad humana. La piedra de toque de un sistema empresarial es lo que está ocurriendo con los pobres laboralmente aptos. Ustedes pueden preguntarse

¹³Ibíd., Nº 43.

en Chile, así como nosotros en Estados Unidos, si estamos haciendo lo suficiente para incorporar a los pobres en las actividades empresariales; si los actuales programas gubernamentales en esta materia son una ayuda o un impedimento para ellos.

La encíclica *Centesimus annus* es una obra maravillosa y revolucionaria. Es original, clara y perentoria. Nos fija una extensa agenda y no deja lugar a la complacencia. Logra lo que ningún otro documento religioso ha conseguido antes: captar la interioridad de la vida empresarial, su emoción, su idealismo y sus desafíos.

Lo que muchos teólogos no han advertido es que es entretenido ser creativo. Los hombres y mujeres de negocios *disfrutan* creando algo que antes no existía. Los dirigentes empresariales han encontrado finalmente en el Papa Juan Pablo II a un líder eclesástico que percibe claramente lo que los impulsa, que se refiere a ese espíritu en términos afirmativos, y que les plantea grandes desafíos. Como no hay nada que agrade más a los dirigentes empresariales que los desafíos, sería sorprendente que los hombres y mujeres de negocios no se sintiesen estimulados por esta encíclica a ser más creativos que nunca, y a encabezar la revolución en la economía mundial que vislumbra el Santo Padre.

Para el Papa Juan Pablo II, la ética de la empresa implica mucho más que acatar el derecho civil y no violar la ley moral. Supone imaginar y crear un nuevo orden económico basado en los principios de la creatividad individual, la comunidad y las virtudes específicas de la empresa. Supone respetar el derecho de los pobres a ejercer iniciativa en el campo económico y a desplegar su propia creatividad. Supone moldear una cultura digna de hombres y mujeres. Ubre para beneficio de los pobres y mayor gloria de Dios. □